

El medio ambiente: un acontecer catastrófico¹

Carlos Lozano Ascencio

*Te dicen descuidado
porque ellos están acostumbrados a los jardines, no a la selva.*
Jaime Sabines (poeta chiapaneco)

Introducción

La perogrullada es aquella verdad que, por ser notoriamente sabida y contrastada, resulta una simpleza, o necedad de mal gusto, decirla en público. Esta clase de certezas, que rozan lo obvio y lo inflexible, muchas veces nos impiden ver más allá de su contundencia expresiva. En la década de los sesenta del siglo veinte, por ejemplo, muchos intelectuales y estudiantes norteamericanos exclamaban con conciencia que “todos vivíamos en un medio ambiente”. Entonces era un grito rebelde que además de pedir pacifismo, libertad sexual o menos consumo mercantilista, reclamaba una vida más cercana y respetuosa con la naturaleza. Era más que evidente que todos vivíamos en un medio ambiente, pero en el trasfondo de esa expresión (y de ese movimiento que perseguía salvar la Tierra) nació el ecologismo como actividad política. En nuestros días, a pesar de que ya sabemos que somos naturaleza, lo novedoso sería saber cómo y cuánto tiempo podremos seguir viviendo en ese mismo medio ambiente sin destruirlo.

La relación medio ambiente y catástrofe también está marcada por algunas de estas certezas inamovibles que nos impide conocer el trasfondo del tema. Es sabido que la información sobre el medio ambiente transmitida en los medios de comunicación, en muchas ocasiones está en la estela de las catástrofes que acaparan las primeras páginas y los titulares; es frecuente que cada vez que el medio ambiente ocupa un lugar, destacado o no, en las parrillas de programación o en las escaletas de los informativos se lo debe a los acontecimientos catastróficos que relatan las eventualidades destructivas del entorno. Que conste que no estoy diciendo que el medio ambiente sólo es catástrofe, sino que ésta, la catástrofe, es una de sus mejores promotoras para que el ciudadano de la calle construya una imagen –su imagen– del medio ambiente.

¹ Comunicación presentada en el VII Congreso Español de Sociología "Convergencias y Divergencias en la Sociedad Global" organizado por la Federación Española de Sociología. Salamanca, 20-22 septiembre de 2001.

Cuando se afirma que la información del medio ambiente está marcada por el síndrome del desastre se cae en una aseveración que pretende explicar con simpleza y rapidez dicha relación. Se justifica, sin discusión, que el signo catastrófico es mucho más determinante que el signo medio ambiental, dado que el primero es mucho más atractivo y despierta no sólo la atención, sino el interés de emisores y receptores. No hay duda de que las imágenes de catástrofes captan mucha audiencia y hacen subir a cualquier programa en el índice Sofres, pero tampoco hay duda de que las coberturas y tratamientos informativos, con apelaciones hacia el cataclismo, aseguran éxitos periodísticos y comerciales tales, que los mediadores empiezan a ver catástrofes donde no las hay.

Lo anterior sucede por varias razones. En primer lugar porque no existe un código (ni ético ni científico) aceptado por todos que ayude a periodistas y jefes de redacción a establecer un criterio de selección; lo más corriente es que la espectacularidad sea la mejor guía para tomar una decisión. En segundo lugar, tenemos que reconocer que muchas facetas de la realidad humana son susceptibles de padecer trastornos destructivos, es decir, hoy en día, con mucha más facilidad que antaño, cualquier eventualidad puede desencadenar en catástrofe debido a los altos índices de vulnerabilidad hacia el detrimento que padece la sociedad contemporánea.² En tercer y último lugar, la relación actual y mediática entre naturaleza y catástrofe, esbozada en los puntos anteriores, no es más que la versión moderna de una interpretación cultural que ha marcado la historia de la humanidad, esto es, el hombre desde muy pronto ha concebido al entorno natural como un enemigo a vencer, a dominar, a transformar, y es por eso que la catástrofe tiene que ver más con la cultura que con el propio medio ambiente. Se cumple aquí aquel axioma que dice que “de la realidad antes teníamos experiencias, ahora –gracias a los medios de comunicación– sólo tenemos noticias”.

Así pues, el objetivo de esta comunicación consiste en poner de relieve algunos aspectos básicos de esta relación tan antigua, compleja y polisémica entre medio ambiente y catástrofe. Relación en la que el trastorno destructivo siempre ha marcado, de manera súbita y tajante, el camino y los obstáculos a vencer, para que la especie humana aprenda a: sobrevivir al cambio repentino adaptándose a las nuevas condiciones creadas en situaciones de demandas imperativas; controlar y dominar el entorno imponiendo su propios cometidos de supervivencia y desarrollo; percibir y

² A la sociedad contemporánea se le denomina también como la “civilización del riesgo” desde principios de la década de los ochenta “tras los sucesos de Seveso en 1976 y Three Mile Island en 1979” (PÉREZ DE TUDELA, C. 1994: 18).

significar las eventualidades catastróficas, y coger el relevo, es decir, convertirse en protagonista o sujeto modificador capaz de generar cambios destructivos tanto en el entorno natural como en el social.

Reconozco que tratar un tema de catástrofes en un Congreso de Sociología –o en un programa de televisión en horario de máxima audiencia– acarrea una mezcla de morbo, atracción fatal, espectáculo, lugares comunes y desacuerdos difíciles de sortear. A los que nos dedicamos a tratar esta clase de temas con cierto rigor nos llama la atención ir un poco más lejos de lo que marca el estereotipo (la perogrullada mencionada antes). Con lo anterior quiero alejarme del enfoque ruidoso y fácil, al tiempo que me alejo también de las críticas certeras que dicen: hablar de catástrofes “es como escribir la historia de la banca en función de los asaltos bancarios” (VRIES, Jan de 1981: 23). Hablar de lo malo no significa, necesariamente, bordar lo negativo, sólo es otra vía –no exenta de polémica– para evidenciar los problemas medioambientales más acuciantes que nos interesan a todos de igual manera.

El medio ambiente, hoy, no sólo es una de las imágenes más usadas para concebir el futuro y la armonía de la civilización, sino que *el entorno natural se está convirtiendo en la mejor imagen de la sociedad*. Esta "socialización del ambiente" construye una imagen en la que la naturaleza va perdiendo sus auténticos "valores" en favor de la sociedad. Surge un nuevo escenario, más novedoso por ser algo híbrido que por ser algo virgen, en donde la destrucción de los ecosistemas naturales más puros y apartados del hombre, es la representación que la sociedad utiliza para verse y decirse a sí misma que su enorme fragilidad hacia la destrucción es más inminente cada día.

La sociedad –transgresora por naturaleza– nunca ha dejado de enfrentarse al medio ambiente, pero esta vez, además de transgredirlo, ha conseguido expropiarlo simbólicamente. No hace mucho tiempo el progreso social vivía y se reproducía al amparo de emblemas en los que las chimeneas despedían humos negros, las urbes se aglomeraban y los tendidos eléctricos trazaban el paisaje con cables que se perdían por el horizonte. Ahora —sin abandonar los mismos cometidos de competitividad y producción— la sociedad contemporánea vive y se reproduce al amparo de los símbolos que le ha sabido hurtar a la naturaleza. El desarrollo social comienza a interpretarse como una serie de actividades "respetuosas", "sostenidas" y "equilibradas" con el medio ambiente. La sociedad busca urgentemente una valoración "ecológica" para que los "nidos" puedan sustituir a las "chimeneas" y mantener así el

mismo objetivo de productividad mediante otros elementos que no pongan en peligro el progreso social.

La tesis que aquí esbozamos sostiene que históricamente la incursión del medio ambiente en el espacio público está motivada, básicamente, por las catástrofes, cuando dichas eventualidades destructivas de la naturaleza se convirtieron en temas de interés general. De la misma manera, hoy en día, la incursión del medio ambiente en el espacio público mediatizado, también está jalonado por esas catástrofes que implican diferentes mecanismos de representación que no sólo traducen la destrucción de la naturaleza –en clave comercial y política–, sino que, además, se constata la fragilidad al trastorno catastrófico al que está expuesta la sociedad contemporánea.³

En definitiva, los medios de comunicación hoy en día son los principales responsables de la imagen (deformada o no) que tenemos de los problemas medioambientales, en consecuencia, y a partir de este punto, son estas mismas empresas de comunicación las que están obligadas a profundizar, para no conformarse con la imagen descriptiva y espectacular, e incidir más en la sensibilidad, el conocimiento y el compromiso por el medio ambiente.

1. Los trastornos del entorno o catástrofes

Delimito “trastorno” como una variación imprevista, perjudicial y perceptible del entorno (natural y/o social), que implica el reconocimiento de una eventualidad destructiva, a partir de la comunicabilidad de lo ocurrido. Por su parte, el “entorno” es el conjunto de condiciones e influencias naturales y sociales que rodean y afectan al hombre. En palabras de Javier Echeverría (1999: 45) es “aquello que está alrededor de nuestro cuerpo, de nuestra vista, o, en general, de las diversas implementaciones que se hayan creado para expandir nuestro espacio inmediato”. En este sentido, entorno natural puede interpretarse como sinónimo de medio ambiente, naturaleza o realidad natural en el que existe y se desarrolla la vida en general, constituyendo la envoltura vital o biosfera, mientras que entorno social es el contexto cultural, y por lo tanto artificial –aunque esté construido con materiales procedentes de la naturaleza– en el que se desenvuelve la historia humana que se caracteriza básicamente por ser

³ Quiero aclarar que el medio ambiente no es el único ámbito que sufre los desplantes informativos de las catástrofes, podríamos establecer un repertorio de temas que sólo llegan a nombrarse públicamente de manera indirecta y siempre al amparo de acontecimientos destructivos de gran repercusión mediática. Muchos temas relacionados con los países del Tercer Mundo, por ejemplo, que van desde la política, la economía, la cultura o la sanidad no obtienen ningún tratamiento informativo si no hay una catástrofe de fondo.

urbanizadora del entorno natural. Utilizo la palabra “urbanizadora” para reunir los sentidos que tienen que ver con el urbanismo y con la urbanidad, es decir, con la construcción física de espacios que faciliten las necesidades de convivencia social y por otra parte también la construcción de reglas, normativas, modales, formas de comportarse para facilitar el mismo cometido: la convivencia en colectividad. Por último, los “trastornos del entorno” es una expresión que alude a los acontecimientos catastróficos de aceptación social que sólo llegan a existir como referentes en el espacio público o en la realidad que construyen los medios de comunicación.

La catástrofe, por el hecho de existir, subvierte, transforma, cambia, desequilibra y regenera un estado de cosas estable. Arrastra a los individuos y a sus acciones, a sus ideas y comportamientos, a sus percepciones y representaciones. Su demarcación no consiste en percibir una variación cualquiera del entorno, sino sobre todo aquellas que tienen la capacidad de modificarlo significativamente. Por eso, para definir catástrofes tenemos, por un lado, que establecer el momento o espacio de ruptura de una trayectoria estable y, por otro, reestructurar otros momentos u otros espacios de otras trayectorias posibles o sucesorias. Dicha ubicación espacio/temporal significa poner en relación el cambio con lo que cambia, y la reestructuración narrativa significa poner en relación la versión del cambio con la versión de lo que cambia.

Nos encontramos entonces en dos niveles: el nivel del cambio que ocurre, y el nivel de lo que se dice de ese cambio. La relación entre estos dos niveles es irreconciliable, porque mientras que, en el primero, la catástrofe subvierte el orden establecido, en el segundo, el relato de catástrofes estabiliza el orden y controla las perturbaciones mediante significados y explicaciones tranquilizadoras. En el trastorno hay incertidumbre y novedad, mientras que en el relato del trastorno encontramos aclaraciones redundantes y comprensibles que interpretan lo sucedido.⁴

1.1 Sin comunicación no hay catástrofes

Aunque suene obvio, o incluso tautológico, puedo decir que “sin comunicación no hay catástrofes” ya que sólo su expresión y sobre todo su representación hacen posible su

⁴ La definición de catástrofe que utilicé en mi tesis doctoral dice lo siguiente: “un acontecimiento de cambio repentino, generado por la propia naturaleza, por la intervención de los hombres o por alguna causa ajena al medio ambiente que, al sobrevenir de forma instantánea y/o progresiva, trastorna de manera irreversible la estabilidad de un estado de cosas y, sólo en la medida en que dicho acontecer sea percibido y expresado por los sujetos que habitan o conocen el estado alterado, consigue configurarse y trascender públicamente” (LOZANO ASCENCIO, Carlos 1995a: 91) Así es como ingresa el trastorno destructivo medio ambiental en el espacio público y al tiempo se convierte en una de las mejores imágenes para referirse a la fragilidad de la sociedad contemporánea.

existencia incluso con independencia de que hayan tenido o puedan tener lugar en el entorno natural y/o social. Con otras palabras: las catástrofes no siempre son necesarias ni suficientes para que exista una representación social de ellas, pero ésta (la imagen) sí es necesaria y suficiente para que existan las catástrofes que en realidad ocurren. De aquí que para conocer catástrofes sea necesario estudiarlas como un fenómeno producido por la comunicación.

Cualquier relato sobre un acontecimiento catastrófico implica un conocimiento mínimo sobre lo que se está describiendo y evaluando. La transmisión de mensajes se hace a partir de datos interpretados, de conocimientos compartidos, de referencias inteligibles, de crónicas comprensibles. Aquella variación destructiva del entorno cargada de datos sin contenido, de información no interpretada y complejidad total, implica la existencia de un trastorno, susceptible de ser interpretado como catástrofe, sólo en la medida en que pueda ser percibido y, sobre todo, expresado para que, a su vez, pueda ser representado como una imagen reconocible y significativa. El acontecimiento catastrófico será percibido y referenciado como catástrofe en la medida en que la identificación de la variación destructiva del entorno tenga mayor alcance (trascendencia e interés público) y, por lo tanto, haya mayor coincidencia a la hora de interpretarla, expresarla y representarla colectivamente. Esto quiere decir que mientras no exista consenso en la descripción, interpretación y presentación de dicha eventualidad no habrá catástrofe.⁵

El hecho de relatar el medio ambiente, tomando como punto de partida sus trastornos, implica, necesariamente, que se elabore una visión antropocéntrica de la naturaleza. Dicha perspectiva significa que la sociedad sólo se piensa a sí misma, y la naturaleza –desde esta óptica– no está sola, ni libre, sino permanentemente sitiada e intervenida. Así, la naturaleza existe en la medida en que la sociedad es capaz de dominarla, marcarla y, por lo tanto, trastornarla.

⁵ Pensemos por un momento en la ocurrencia real de la mayor y peor de todas las catástrofes posibles, aquella que todavía no ha sucedido pero que ya se conoce y se describe; podríamos pensar, por ejemplo, en el "Armageddon" (Apocalipsis o Juicio final en términos mitológicos), o bien en el "Big One" (terremoto o cataclismo de proporciones desusadas, a partir del cual no subsistiría nada de la obra humana), o incluso en el "Super Gau" (máximo accidente que puede ocurrir en una central nuclear); en todos estos casos estaríamos hablando de consecuencias que llegarían a ser intangibles en la realidad y, por ende, no podría contarse nada, debido a que no habría nada que relatar, ni nadie que pudiera hacerlo. La catástrofe, aunque destructiva y devastadora siempre deja algo para establecer una comparación. Después del trastorno podremos encontrar algo objetivable que permita medir, expresar y representar la modificación. Así, en tanto que no sea posible expresar el trastorno, no podemos hablar de catástrofe. Su imagen no implica la reconstrucción de un espacio vacío y atemporal, todo lo contrario, se trata de una imagen bien trazada y asentada por márgenes que rozan los escombros de la tragedia o la debacle. Imagen cerrada: llena de formas y contenidos.

Las imágenes catastróficas, las más recurrentes para simbolizar un "entorno natural antropocéntrico", no son un recurso fácil ni banal que utilizan los medios de comunicación para llamar la atención del público, sino más bien se trata de una "construcción constrictiva", es decir, una elaboración en la que la imagen del medio ambiente obedece a unas reglas determinadas de representación. Por eso, la forma más sencilla de construir narrativamente el medio ambiente consiste en situarlo en el espacio público.

2. El medio ambiente en el espacio público

¿Cómo ingresa la naturaleza en el espacio público? Comunicando catástrofes acaecidas o de inminente ocurrencia en el entorno natural cuyas afectaciones destructivas implican, de alguna manera, al entorno social. La pregunta planteada merece algo más que una respuesta rápida, porque dicho así no se alcanza a comprender la complejidad del asunto. Por principio de cuentas tengo que decir que una de las características de la historia humana tiene que ver con el hecho de poner lindes o fronteras para diferenciar lo natural de lo urbanizado (física y culturalmente), para separar las cosas naturales de las cosas humanizadas o cosas sometidas a fines humanos; distinguir entre los aspectos desconocidos de la naturaleza y los conocimientos que le permiten al hombre empezar a diferenciarse del entorno natural, construir su propio entorno e ir sometiendo a la naturaleza en función de sus necesidades de supervivencia y convivencia colectivas.

Con esta idea de colocar lindes topológicos –piedras y adobe– y lindes simbólicos –palabras y reglas de comportamiento– a la naturaleza, se puede decir que los seres humanos aprenden pronto a manejar conscientemente la dicotomía “dentro/fuera” que les permite realizar un despegue cultural sin precedentes. Lo de adentro se relaciona con lo bueno, lo conocido, con la proximidad sensorial, con lo aceptado por todos, con las leyes de la cohabitación, con las explicaciones –científicas y mitológicas– y las aplicaciones prácticas –tecnológicas y rituales– que dominan y hacen más humano, comprensible y confortable el ambiente circundante. En cambio, lo de afuera se relaciona con lo malo, lo desconocido y los temores implícitos, con la lejanía sensorial o extra sensorial, con lo que está al margen de la ley y de las normas de convivencia, lo que aún no tiene explicación y por supuesto no tiene ningún tipo de utilidad práctica. Ahí afuera, del otro lado, está la incertidumbre y la aversión. De hecho, lo he dicho más arriba, la realidad natural no es real si no es interpretada culturalmente.

El entorno urbano, caparazón cultural frente a lo natural, se crea, se reproduce y se expande físicamente por el medio ambiente creando aldeas, pueblos, ciudades, urbes y megalópolis; por otra parte, también se expande normativamente creando mitos, leyes, normas de conducta, códigos de comercio y de circulación, catecismos, estilos de vestir, de hablar y de relacionarse con los demás. En este ámbito urbanizador “la reproducción social se verifica fundamentalmente a partir de los procesos de la socialización y de la transmisión cultural. (La) socialización (es) el proceso de aprendizaje social que representa el medio por el cual los individuos adquieren los conocimientos, las capacidades y las disposiciones que les conducen a *participar* de modo diverso en los grupos sociales y en la sociedad. (Por otra parte) la enculturización (...) consiste en la *conservación y transmisión* de los modelos culturales socializados en el tiempo y a través de sucesivas generaciones” (PIÑUEL, J. L. Y GAITÁN, J. A. 1995: 67, el subrayado es mío).

Tanto los recintos urbanos como las formas de relacionarse socialmente en ellos evolucionan siguiendo los mismos parámetros. Sería lógico pensar que la socialización, para llevarse a cabo, base su desarrollo en la comunicación entre los individuos y asegure así la participación, conservación y transmisión de los valores culturales. Lo relevante es que también el urbanismo –lo que tiene que ver con el trazado de las calles o la amplitud de las plazas públicas– delinea y construye espacios para que, además de las mercancías, circule la información, o más explícitamente, para que la comunicación entre los individuos también sea posible. De esta manera “la plaza pública y el pensamiento son el mismo proceso. La plaza está hecha para llenarse de palabras: el centro (urbano) es el lugar donde se crea la comunicación”. (FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, P. 1994: 325).

Si hacemos un recorrido por el “progreso” –nunca mejor dicho– del caparazón cultural que ha ido construyendo la humanidad frente a la naturaleza, vemos cómo se configura un espacio urbano, público y comunicativo entre ciudadanos que gobiernan y ciudadanos que son gobernados. Dicho espacio, topológico y simbólico, es diferente dependiendo de la época histórica, o más concretamente, dependiendo del acuerdo –muchas veces político– al que llegan los ciudadanos para pactar o asumir la convivencia social.

2.1 Debatir sobre el medio ambiente

La naturaleza no entra en el espacio público de manera natural, sino vigilada por alguna finalidad humana. Físicamente es escindida de las urbes por lindes materiales,

sin embargo la naturaleza es testaruda y sigue retoñando en forma de hierbajos entre grietas de muros empedrados, sigue engalanando jardines y paseos señoriales e inclusive las ciudades miden la calidad de su hábitat por el número de áreas arboladas. Desde el punto de vista simbólico la naturaleza ingresa en el espacio público, cuando comienza a formar parte del listado de temas a discutir (orden del día) por personas afectadas y/o interesadas por el medio ambiente y, precisamente, ese momento aparece cuando se evidencia de manera notoria el trastorno destructivo. Así pues, la naturaleza, aunque siempre presente, no necesariamente se ha convertido en un asunto de interés general para ser debatido en la plaza pública.

Pero, ¿de qué se habla en los centros urbanos? ¿Qué cosas resuenan en esas plazuelas que motiva el encuentro público y callejero de los habitantes de la urbe? Es sabido que, al principio, lo que despierta más el interés general son los asuntos políticos. Los temas o referencias temáticas que siempre han copado esa clase de discusiones públicas tienen que ver generalmente con la gobernabilidad de la sociedad, con los asuntos más relevantes que afectan el buen desarrollo de la organización social. Pero ¿cómo se comienza a hablar de grandes calamidades que ocurren en el exterior del recinto urbano y que afectan destructivamente en el interior de la ciudad? Vuelvo a la pregunta de antes: ¿cuándo el medio ambiente, lo de afuera, se interpreta como el verdadero culpable y se convierte en el tema de fondo que despierta el interés general? Cuando culmina o está a punto de culminar un cambio destructivo que trastorna lo estable de la cultura humana.

2.2 A cada época sus catástrofes

No todo referente catastrófico es catástrofe, y en el caso de serlo, no siempre lo ha sido. Las variaciones destructivas del entorno natural y/o social han podido existir en cualquier momento, con independencia de la percepción, implicación, expresión y representación que se realice acerca de ellas, sin embargo, todos estos elementos son necesarios para que las catástrofes existan con identidad propia. Pensemos, por ejemplo, en el ya famoso y “hollywoodiano” impacto de asteroide que en la era cretácica extinguió a la totalidad de los dinosaurios y a la mayor parte del fitoplancton marino. Ningún ser humano estuvo presente, no obstante, se habla de ese fenómeno como un acontecimiento catastrófico constatable y, más aún, de que gracias a la animación digital hemos visto, con nuestros propios ojos, dicho suceso.

Distinguir catástrofes es una operación semántica-cognitiva que cambia con el paso del tiempo. Albert Camus dijo que "un vicio de conocimiento de los contemporáneos

(de cualquier época) es suponer que les ha tocado vivir el más interesante y el más desastroso de los tiempos" (citado por AGUILAR CAMÍN, H. 1990: 23). Así pues, la idea que se tiene de las catástrofes se determina según la época, y la época se caracteriza según son las ideas o imágenes que se tienen de las catástrofes.⁶ Un estudio que se perfila con el cometido de conocer la idea que se tiene del desastre según la época histórica, tiene que tomar en cuenta, necesariamente, la evolución de los espacios públicos. Por ejemplo: un terremoto no siempre es interpretado de la misma manera. Supongamos que un movimiento telúrico no ocasiona ningún trastorno –no incidiendo destructivamente en el entorno social– por lo tanto no es catástrofe, si se registra se convierte en un fenómeno inocuo, pero lo más probable es que no consiga existir para la sociedad.⁷ Supongamos que ese mismo seísmo acaece en una época en la que el espacio público está claramente constituido en la sociedad: su inclusión como tema de interés general tiene unas determinadas características muy diferentes con respecto a lo que sucedería en una sociedad cuyo espacio público aún no está conformado o, como ocurre en la época contemporánea, el espacio público se confunde con los espacios privados.

Una tarea inicial es hacer una descripción del clima de opinión en determinadas circunstancias contingentes, como por ejemplo: contextualizar los debates que se dan en el ágora griega en torno a la epidemia virulenta que asola Atenas hacia los años 430-428 a.C. (en pleno esplendor militar de Pericles) según lo atestiguan los testimonios de Tucídides. O hacer una reconstrucción discursiva de los comentarios de los senadores en el Foro romano a propósito de las erupciones del volcán Vesubio en el año 79 d.C. que arrasan las ciudades de Pompeya y Herculano. Pero no basta con reconstruir "climas de opinión sobre catástrofes" de donde se pueden extraer nociones explícitas, dogmáticas, ortodoxas, tácitas, estables y básicas a propósito de las eventualidades destructivas que se generan en la naturaleza, también hay que indagar en ideas sostenidas, comprometidas y defendidas en público, aunque no

⁶ Aquí se plantea una interesante diferencia entre la interpretación de catástrofes en contextos históricos, determinados a partir de experiencias, conocimientos y prejuicios disponibles y vigentes en un momento concreto y la interpretación extemporánea de catástrofes en donde se hace uso de un conocimiento mucho más avanzado del que existe en el momento y en el lugar del acontecimiento destructivo.

⁷ Dicho en otras palabras más técnicas: un inesperado y notorio fenómeno natural, como puede ser un terremoto, no es en sí mismo una catástrofe si no tuviera repercusiones directas y manifiestas con múltiples desequilibrios de calificación catastrofista. La catástrofe no existe por sí sola en la génesis de su ocurrencia, sino que, dicho acontecimiento, puede adquirir la catalogación de catástrofe a partir del momento en que la afectación de sus consecuencias desequilibra los órdenes, trayectorias o permanencias establecidas de la sociedad y su cultura.

siempre publicadas, que manifiesten una corriente de opinión expresada en condiciones imperativas de necesidad.

Me gustaría ilustrar la noción de “corrientes de opinión sobre catástrofes” trayendo a colación a la gran mayoría de los europeos que, a mediados del siglo XIV, en un contexto muy estructurado y cerrado en cuanto a ideas políticas y religiosas, tuvieron que enfrentarse a una de las mayores crisis ambientales registradas en la era cristiana. Me refiero a la epidemia bubónica, mejor conocida como peste negra. Según Robert S. Gottfried se trata del “mayor cataclismo ecológico: los efectos de este desastre natural y humano cambiaron profundamente a Europa, quizá más que cualquier otra serie de acontecimientos (recordar que murieron más de veinte millones de personas). Por esta sola razón la peste negra debe conceptuarse como el mayor acontecimiento biológico-ambiental de la historia, y como uno de los principales puntos de inflexión de la civilización occidental” (citado por ARNOLD, D. 2000: 62). En este sentido, la Peste negra es un buen ejemplo que ilustra cómo el curso de la historia puede cambiar no tanto por afanes individuales o por sucesos políticos e ideológicos sino también por la influencia de la naturaleza.

Durante la Edad Media no hay claridad para diferenciar entre el espacio público urbano y los espacios privados; las opiniones individuales no eran propias, eran las ideas que Dios había puesto en la Tierra y que obligadamente había que acatarlas para expresar un juicio. Sin contrastes, sin matices, sin discusiones, a base de transmisiones orales de conocimiento, la sociedad medieval interpreta “homogéneamente” las catástrofes y, en este caso, la peste la descifra como un castigo divino. Una opinión contraria (con otra lógica diferente a la establecida) sería calificada de herejía. En este sentido, el momento más significativo de una catástrofe no es aquel en el que ocurre, sino aquel en el que se interpreta para preverla, analizarla objetivamente o sólo para reconocerla públicamente. Momento en el que lo sucedido además de transformar, se transforma en algo que se puede leer o contemplar e interpretarse de la misma manera en cualquier otra parte del orbe conocido. Aquí se encuentra una interesante similitud entre la sociedad medieval y la sociedad postmoderna en tanto que al “homogeneizar” la visión y la explicación de lo que sucede en el mundo se padece el trastorno catastrófico haciendo más caso a la lógica establecida y globalizada que a la lógica resultante de las experiencias locales, puntuales y específicas.

Si nos detenemos un momento en la sociedad liberal burguesa, justo en la época en que se constituye el espacio público burgués en un contexto democrático y que según las propias palabras de Jürgen Habermas se trata una “esfera intermedia que se constituyó históricamente, en la época de las Luces, entre la sociedad civil y el Estado” (citado por WOLTON, D. 1999: 382), veremos que las catástrofes tienen una interpretación muy particular. De entrada hay que tener en cuenta el paso cultural muy importante que se dio de la “oralidad” a la “visibilidad” gracias a la imprenta. Es decir, hasta entonces las catástrofes dependían de la imaginación de quien escuchaba relatos y con ello actuaba en situaciones límites, con lo visible, la catástrofe adquiere formas y dimensiones inimaginables. “Al hacer de las palabras objetos visibles, la imprenta divorció al lenguaje del habla, su originario hábitat sonoro, y con ello contribuyó a profundas mutaciones culturales: el conocimiento premoderno tenía una base auditiva, y esto favorecía una concepción del cosmos como algo animado. El conocimiento visual de la modernidad, en cambio, se inclina a una concepción mecánica y silente del universo y a una relación de control y explotación con la naturaleza (...) la tendencia a identificar lo creíble, y por ende lo real, con lo visible” (ABRIL, G. 1997: 160, citando a W. Ong [1982]). Huelga decir que la imagen visible y bien delineada de la catástrofe, en sí misma, no es catástrofe. En el caso de generarla, estaríamos hablando de otra cosa, es decir, de un relato o una reproducción gráfica que llegaría a tener consecuencias catastróficas, como resultado de lo que se informa, y no como resultado de lo que ocurre en la realidad.

No tengo espacio en esta ponencia para hacer un recorrido histórico detallado entre catástrofes, medio ambiente y evolución de espacios públicos, no obstante me gustaría anotar que en la actualidad, en la sociedad postmoderna, las cosas son – como no podría ser de otra forma– muy diferentes. Nuestra era bien podría llegar a conocerse como *La sociedad de las catástrofes*, ya que atraviesa el umbral del tercer milenio con ciudades más aglomeradas⁸, con la ecosfera más contaminada, con culturas más polarizadas, con menos estabilidad desde el punto de vista ecológico, con más pobreza e ignorancia entre los hombres y con más, mucha más, vulnerabilidad a las catástrofes que en cualquier otra época de nuestra historia. No es difícil imaginar que la simple crecida de un par de metros de un río en el sur de Asia provoca miles de muertes a quienes se adhieren a los ríos como única fuente de un

⁸ Las concentraciones urbanas, en donde el hacinamiento es uno de los síntomas característicos de la vulnerabilidad hacia el trastorno catastrófico, entorpecen el conocimiento y la habilidad para saber actuar en situaciones de riesgo. No es difícil imaginar que los ciudadanos de las megalópolis, ante una situación de emergencia o están más expuestos al trastorno o están enganchados al televisor para saber lo que tienen que hacer.

poco de arroz y por tanto de vida. Otro fenómeno muy parecido sucede en las faldas del volcán Popocatéptl, en México, cuando las poblaciones agrarias buscan la riqueza de las tierras fértiles que rodean el cráter activo a sabiendas de que esas tierras han sido assoladas por las mismas erupciones que las fertilizan.

La tendencia de hoy en día es referir catástrofes de forma permanente, algo así como utilizar el lenguaje militar sin estar en guerra o imaginar que todos los días son jornadas de reflexión y en las próximas cuarenta y ocho horas se celebrarán comicios electorales. Con las catástrofes sucede algo parecido: las que aparecen en los medios obtienen tratamientos circunstanciales, radiografías del momento, instantáneas que reflejan el estado del detrimento de la actualidad, interpretaciones sesgadas por la inmediatez, por la atracción estética y por la espectacularidad. La tónica actual, cada vez más recurrente e indiscriminada, es relatar catástrofes para poner de relieve toda clase de destrucciones evidentes, probables, necesarias, o incluso justificables. Se trata pues, de una tendencia en la que todo, o casi todo, se puede entender como catástrofe.

Nada, ni las catástrofes, volverá a ser como antes de que llegaran los medios de comunicación de masas, instrumentos que se encargan de construir un nuevo espacio público mediatizado, lugar simbólico que determina las formas en las que se relaciona actualmente la sociedad. Y para muestra basta un botón: el desastre de la central nuclear de Chernobyl (en abril de 1996) se ha convertido en un hito de las catástrofes contemporáneas “ya que, exceptuando a la población de la zona directamente afectada, la comunidad mundial sólo conoció la realidad del suceso mediante los medios de comunicación”. (PÉREZ DE TUDELA, C. 1994: 2).

“Pasión por la debacle sin moverse del sillón”, podría decir el eslogan irónico de la televisión. Lo importante es que los alcances de la destrucción sean lo más realistas y generalizados posibles, es decir, que la gente piense, sin demasiadas razones, cuando se habla del paso de un huracán devastador, que fácilmente pudo haber sufrido ese suceso, pero no más cerca de la distancia que le separa del televisor. Otra cosa que atrapa al televidente es que la desdicha, no sólo sea espectacular, sino que se personalice. El relato de lo sucedido cobra mayor impacto si hay un protagonista inocente e indefenso que soporta el peso de la tragedia y lo manifiesta a través de gestos espontáneos de dolor. En el historial de catástrofes naturales “televisadas” tenemos un caso muy llamativo (tan estético como doloroso) que protagonizó la niña Omayra Sánchez en la ciudad de Armenia, Colombia en 1985. La erupción del volcán

El Nevado del Ruiz, con un resultado de 23 mil muertos, se ensañó con todas sus fuerzas en una pobre niña atrapada entre los enseres de su casa hundida en el fango. Una inocente víctima que a pesar de todos los esfuerzos técnicos y humanos encontró la muerte frente a los ojos de todo el mundo.

3. Acontecer catastrófico: simbiosis simbólica entre medio ambiente y sociedad

Si antes la pregunta era ¿cómo ingresa la naturaleza en el espacio público?, ahora me interesa saber ¿cómo son las imágenes que representan catástrofes y que ayudan a configurar la idea que tiene la gente sobre el medio ambiente? La primera vez que me hice estas preguntas y comencé a hacer ejercicios de observación sistemática frente a la televisión⁹ acumulé una gran cantidad de cifras y más cifras que básicamente medían la gravedad de los daños o las pérdidas materiales y humanas, pero poco más. No había muchas explicaciones, tan sólo descripciones –muchas veces con detalles que violentaban la privacidad de la gente afectada– con encuadres, eso sí, muy coloristas y atractivos para captar audiencias. Entonces intuí que si centraba mis análisis sólo en el discurso televisivo no encontraría las claves del proceso comunicativo que me interesaba estudiar.

Opté por alejarme de la parafernalia mediática y decidí concentrar la mirada en otros productos comunicativos más específicos en donde los tratamientos narrativos a propósito de catástrofes tuvieran más credibilidad y que no estuvieran publicados bajo la presión que impone la actualidad periodística. El género de comunicación social que mejor se prestaba para tales fines era el de la Divulgación científica, formato que incluye en su discurso toda clase de temas y enfoques científicos, y cuya especialización radica en el tratamiento, ciertamente más riguroso, fiable y extenso de lo que suele encontrarse en otros contextos periodísticos.¹⁰

3.1 Propensión y culminación catastróficas

Los esquemas básicos de configuración lógica de la imagen de catástrofes tienen dos grandes vertientes, a partir de las cuales, los razonamientos a propósito de las variaciones destructivas del entorno cobran significación y coherencia en términos analíticos. En otras palabras, los esquemas lógicos de una imagen de catástrofes, con

⁹ En España, de las personas que reconocen estar informadas sobre el medio ambiente, 7 de cada 10 lo hacen a través de la televisión. CIS, Estudio N° 2209 *Ecología y medio ambiente*. Marzo 1996. Pregunta 8ªA.

¹⁰ Para que el lector esté más convencido de mi alejamiento del catastrofismo amarillista diré que de los artículos revisados durante cinco años (1986-1991) sólo en un 10% encontré referencias a las catástrofes. Sólo un artículo incluía literalmente en su título la palabra “catástrofe” y que el 70% de las referencias analizadas (o expresiones de catástrofes) aparecían en el cuerpo de los artículos, después del primer párrafo y antes del último.

independencia de los referentes concretos que utilice, articulan la frase de tal forma que es posible evidenciar la "propensión" o la "culminación" de dichos trastornos.

El esquema propiciatorio atiende a las condiciones que favorecen la ocurrencia de catástrofes, es decir, la vinculación entre las entidades que de forma inmediata son causa e incitación de una catástrofe y las entidades que son o están propensas para llevar a cabo un trastorno. Mientras que el esquema culminante, por su parte, observa la ocurrencia y el resultado de lo ocurrido, o sea, la vinculación entre las entidades modificadoras y las secuelas.

El objetivo último de los esquemas culminantes y propiciatorios de la construcción narrativa de catástrofe es responder a dos preguntas básicas: ¿qué modifica a qué?, y ¿qué activa a qué, que tiene la capacidad de modificar? Para ello tenemos que distinguir determinados referentes que se relacionan entre sí para conocer la propensión de una entidad (J) que es causa última de una (K) catástrofe; o bien, la culminación de (K) cuando trastorna a otra entidad referenciada (L).

De esta manera, en la estructura J-K podemos encontrar entidades "activadoras" y "activadas". Las letras "J" de cualquier esquema propiciatorio siempre se corresponden con las entidades activadoras cuya función es favorecer la ocurrencia de una catástrofe. Las letras "K", pertenecientes a estos mismos esquemas, se identifican con las entidades activadas, aquellas que están en condiciones de trastornar el entorno, pero que en la expresión no se manifiesta su realización. Así pues, el esquema de propensión de catástrofe (sin contemplar el significado concreto de sus referentes particulares) se puede leer de la siguiente forma:

J es causa de K

o bien, su variación correspondiente:

K es causada por J

Las entidades que pertenecen al esquema K-L son "modificadoras" y "modificadas". Las letras "L" de las estructuras culminantes siempre se corresponden con las entidades modificadas, aquellas que han sufrido una afectación catastrófica; mientras que las letras "K" de estos esquemas, se pliegan a las entidades modificadoras, las que tienen la capacidad de trastornar el entorno y cuya realización está expresada.

Las construcciones culminantes de catástrofe se leen:

K trastorna a L,

o bien, su variación correspondiente:

L es trastornada por K

El lector podría pensar que tales estructuras narrativas pecan de simplicidad. No obstante, la construcción discursiva de catástrofe se puede incrementar considerablemente en complejidad y precisión si tomamos en cuenta diferentes factores que intervienen en su configuración.¹¹

Desde el punto de vista lógico, culminar o propiciar catástrofes narrativamente no establece, necesariamente, un isomorfismo con lo que ocurre en la realidad. Más bien se puede identificar una coherencia dentro de los márgenes del “mundo posible” que nos ofrecen los autores de los artículos analizados, en el momento de tratar determinados asuntos relacionados con el acontecer catastrófico. Del total de expresiones analizadas, el 60% están abocadas a manifestar su consecución, mientras que el 40% restante se dedican a manifestar su propensión.

Pensemos por un momento que en el discurso analizado sólo hubiésemos encontrado esquemas lógicos de culminación de catástrofe, en tal caso, estaríamos frente a un mundo estadísticamente certero, cuantificado, descriptivo, cerrado, consumado, realizado, puntualizado, concreto, muerto o damnificado por el trastorno. En suma, un mundo estrictamente real. Por el contrario, si sólo hubiésemos encontrado esquemas lógicos de propensión de catástrofes, estaríamos frente a un mundo cualitativamente incierto, especulativo, temeroso, dubitativo, teórico, abstracto, vivo, mientras la probabilidad del trastorno no suceda. En definitiva, un mundo estrictamente irreal. Por último, si el total de expresiones de catástrofe no respondiera a ninguno de los esquemas lógicos propuestos, estaríamos en un mundo (fuera de la realidad) donde cualquier cosa sería catástrofe o donde éstas no existirían.

3.2. Las causas naturales tienen consecuencias catastróficas sociales y viceversa

¹¹ Cfr. LOZANO ASCENCIO, C. 1995a: 134-135, en donde se presentan, al menos 72 esquemas modélicos de configuración expresiva de catástrofes.

Cuando analizamos en su conjunto los esquemas (propiciatorio y culminante) de configuración de catástrofe podemos detectar un modelo entre determinados puntos de partida, como principales causas inmediatas de las catástrofes, y situar otros puntos específicos, como principales secuelas de la afectación catastrófica.

Son como trazos que esquematan de manera gráfica y precisa la construcción de catástrofes si tomamos en cuenta los dos polos del recorrido, es decir, las letras “J”, las últimas e inmediatas entidades activadoras de catástrofe, y las letras “L”, primeras e inmediatas entidades modificadas por un trastorno destructivo. Desde una perspectiva general, cuando las entidades de la naturaleza son la principal causa inmediata y activadora de una catástrofe, el resultado final de ese mismo proceso culmina en una entidad desarrollada o social y, viceversa, cuando las entidades antrópicas (sobre todo los productos que tienen que ver directamente con los procesos industriales de producción y desecho) son las principales e inmediatas causas de la propensión catastrófica, el proceso esquemático no termina hasta encontrar en los ecosistemas (o en las cosas más puras y organizadas de la naturaleza) a sus principales afectados. Cuando el punto de partida está en la naturaleza el destino está en la sociedad; cuando la sociedad está en el comienzo de esa línea, el final, necesariamente, tiene que estar en el entorno natural.

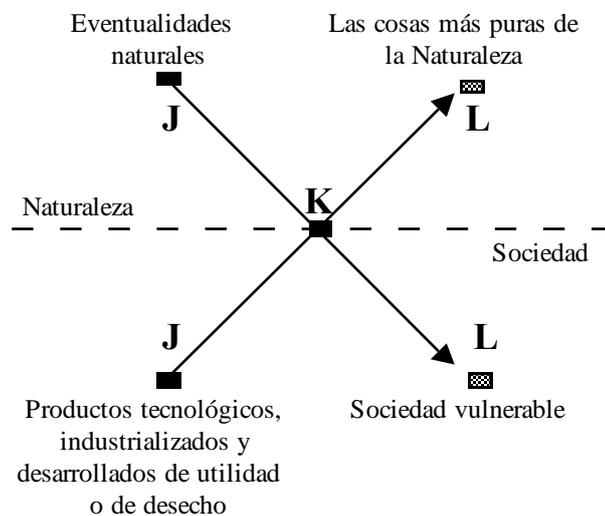


Figura 1. Representación gráfica de los esquemas propiciatorios y culminantes de catástrofes

Los factores eventuales y contingentes de la naturaleza pueden constituirse perfectamente en elementos propiciadores de catástrofes: un trastorno se encadena o activa a otro como cuando una tempestad trae consigo lluvias torrenciales, las lluvias torrenciales incitan el surgimiento de riadas, las riadas se convierten en inundaciones, las inundaciones favorecen la aparición de derrumbamientos de tierra, los derrumbamientos se transforman en avalanchas, las avalanchas... etcétera. Esta

configuración de catástrofe es tan significativa como aquella en la que se hace hincapié en las causas inmediatas y en las secuelas de las catástrofes, apoyándose en elementos que se corresponden con el mundo material o con las situaciones más habituales que en ocasiones transgreden la normalidad.

Se trata de un recorrido (extraordinario) de salida en un campo y de llegada en el campo contrario, un trayecto excepcional que nace en circunstancias habituales y que regresa a otro punto de la realidad modificando precisamente su circunstancia ordinaria.

Siguiendo la Figura 1 podemos afirmar lo siguiente:

1. Si las eventualidades de la naturaleza son consideradas como hechos míticos, portadores de mensajes y símbolos, la principal afectación está reservada para la obra humana, más perfecta y sofisticada, que se ha alcanzado gracias a la aplicación tecnológica.
2. Si las eventualidades de la naturaleza son consideradas como nociones conceptuales o categorías científicas, la principal afectación está reservada para la obra humana, mas perfecta y sofisticada, que se ha conseguido gracias a la ritualización de las relaciones sociales.
3. Si los productos industrializados de utilidad o de desecho son considerados como los factores tecnológicos fundamentales del propiciamiento catastrófico, el trastorno se dirige en línea directa hacia las cosas más puras y organizadas de la naturaleza, hacia la destrucción mítica del entorno.
4. Si los productos industrializados son considerados como elementos rutinarios y rituales de la producción útil y nociva de la sociedad, el trastorno catastrófico se dirige hacia los ecosistemas, hacia los objetos de conocimiento más naturales y objetivos.

Conclusión

La imagen más consolidada que tiene la gente sobre el medio ambiente se construye culturalmente en el espacio público, y sobre todo a partir de las continuas y abundantes descripciones de los fenómenos que lo destruyen cotidianamente.

El análisis cuyos pilares son las catástrofes, el entorno natural y la evolución histórica de los espacios públicos (desde el ágora griega hasta las conexiones reticulares en las redes informáticas) nos permite reconstruir un panorama, en mi opinión muy novedoso, de las diversas maneras de concebir la estrecha y contradictoria relación entre sociedad y medio ambiente.

Madrid, septiembre de 2001.

Bibliografía:

- ABRIL, Gonzalo. (1997), *Teoría general de la información. Datos, relatos y ritos*. Madrid, Cátedra.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor. (1990), "Las subversiones silenciosas" en *El Paseante* Nº 15-16. Madrid, Siruela 23-33 pp.
- ARNOLD, David. (2000), *La naturaleza como problema histórico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- ECHEVERRÍA, Javier. (1999), *Los señores del aire: Telépolis y el tercer entorno*. Barcelona, Destino.
- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Pablo. (1994), *La psicología colectiva. Un fin de siglo más tarde*. Barcelona, Anthropos.
- GOTTFRIED, Robert S. (1984) *The Black Death: Natural and Human Disaster in Medieval Europe* Londres. Mehuen.
- KÖRNER, Errazuriz A. M., et. al. (1993), *Medio ambiente. Una creación de nuestro tiempo*. Santiago de Chile, PUCCH.
- LOVELOCK, James. (1993), *Las edades de Gaia. Una biografía de nuestro planeta vivo*. Barcelona, Tusquets.
- LOZANO ASCENCIO, Carlos. (1995a), *La expresión/representación de catástrofes a través de su divulgación científica en los Medios de Comunicación Social (1986-1991)*. Madrid, Tesis Doctoral. UCM.
- (1995b) "La construcción social del medio ambiente a partir de los acontecimientos catastróficos que lo destruyen" en *Revista de la Facultad de Ciencias de la Información UCM*, Madrid, Número extraordinario. 47-67 pp.
- (2001) Marzo. "Amenaza natural. El tratamiento informativo de las catástrofes en Hispanoamérica", en *Gente Universitaria*, Madrid Centro Universitario Francisco de Vitoria.
- ODUM, Eugene P. (1979), *Ambiente energía y sociedad*. Barcelona, Blume.
- (1992), *Ecología: bases científicas para un nuevo paradigma*. Barcelona, Vedral.
- ONG, W. 1982 *Orality and Literacy: the technologizing of the word*. Londres, Mehuen.
- PARRA, Fernando. (1994) *Diccionario de ecología, ecologismo y medio ambiente*. Madrid, Alianza.
- PEREZ DE TUDELA, César. (1994), *La información en las catástrofes*. Madrid, Mapfre.
- PIÑUEL RAIGADA, J. L. y GAITAN MOYA, J. A. (1995), *Metodología General. Conocimiento científico e investigación en la comunicación social*. Madrid, Síntesis.
- REGUILLO CRUZ, Rossana. (1996) *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara, ITESO.
- RIVIÈRE, Margarita. (1997), "La ecología: entre lo real y lo virtual". Ponencia II Congreso Nacional de Periodismo Ambiental, Madrid, noviembre de 1997, Asociación de Periodistas de Información Ambiental.
- RODRIGO ALSINA, Miquel. (1999). *Comunicación intercultural*. Barcelona. Anthropos.
- SERRANO, Sebastià. (2000), *Comprender la comunicación. El libro del sexo, la poesía y la empresa*. Barcelona, Paidós.
- VRIES, Jan de (1981), "Measuring the impact of climate on history: the search for appropriate methodologies", en ROTBERG, R. I y RABB, T.K. (comps) *Climate and History: Studies in Interdisciplinary History*, Princeton.
- WAGNER, Christiane. (1993), *Entender la ecología*, Barcelona, Blume.

- WOLTON, Dominique. (1999), *Sobre la Comunicación. Una reflexión sobre sus luces y sus sombras*. Madrid, Acento.
- (2000), *Internet ¿Y después? Una teoría crítica de los nuevos medios de comunicación*. Barcelona, Gedisa.